

Los visitantes

Daniel Baldi

loqueleg

El clamor de la Pachamama

Nuestro planeta...
harto ya de tanto dar y dar
ha reaccionado
y urge que debemos de cambiar.

Nuestro planeta...
decidió llamarnos la atención.
Ha reaccionado.
contra el hombre tonto y su ambición.

La madre tierra
llora.
La madre tierra
clama.
La madre tierra, desde el corazón, canta esta canción.

Nuestro planeta...
me lo dijo un amigo intruso,
casi llorando,
paren de una vez con los abusos.

Nuestro planeta...
Dice mi amigo sabio y viejo
están a tiempo.
Y después se fue volando lejos.

La Pachamama
llora.
La Pachamama
clama.
La Pachamama desde el corazón canta mi canción.

Letra y música de Julio Víctor González, el Zucará

¿Qué soy?

¿Quién soy?

¿Cuántos somos?

Son algunas de las preguntas que me hacía al comienzo.

Ya no.

Varias respuestas las deduje, otras me llegaron con el tiempo.

Me llamo José Luis, en una época fui humano y trabajé para el gobierno en el área de medioambiente. Después de haberme jubilado, morí de un ataque al corazón. Mi labor consistía en emitir permisos a empresas internacionales para que pudieran introducir sus productos en el país, más precisamente, en el agro.

Al morir comencé un recorrido en un estado diferente, se podría decir, entre la vida terrenal que acababa de abandonar y lo que debe de ser, supongo yo, el Más allá.

Somos cada vez más. Lo veo en la ruta siempre que nos reunimos. Si bien desconozco las razones, sé que los que volvemos a convivir con los mortales cometimos algún error en nuestra etapa humana y debemos subsanarlo. ¿Por qué debemos enmendarlo? Es otra de las preguntas frecuentes que nos hacemos.

12 Tenemos que mejorar de alguna manera las consecuencias que provocaron nuestras erróneas decisiones humanas. Poseemos una sola posibilidad de intervención. No podemos hacer más que algo puntual, en un lugar específicamente determinado. Nuestro alcance es finito. Una vez que actuamos, simplemente nos marchamos hacia otro sitio, sin saber el final de la historia. Tenemos una sola posibilidad y debemos saber aprovecharla.

Estamos regidos por una voluntad superior que nunca vimos ni sabemos qué es. Parece tan inmensa y poderosa como la galaxia misma, y tan omnipresente que no sabría ni cómo describirla.

Ahora soy un simple testigo, un observador presencial, sometido a estar de visita acá en la Tierra un tiempo más, mirando, esperando el momento, como un tigre agazapado a punto de cazar, sabiendo que cuento tan solo con una oportunidad para cambiar algo de la realidad que se me presenta. Tengo esa chance y, al igual que el tigre, debo esperar para usarla bien.

Mirando...

Aprendiendo.

A diferencia de las primeras reuniones que se realizaban en el kilómetro cien, donde éramos pocos, hoy el número ha crecido.

Cuando arranqué a deambular como *no humano*, fui conociendo a todos los que esperábamos allí el momento del siguiente viaje.

La primera vez me costó entender qué pasaba. Llegué a un lugar desconocido con mi valija negra, transformado en algo similar a una persona, aunque con algunas diferencias. A partir de la segunda vez ya logré comprender lo que nos ocurría y me fui habituando al proceso.

Luego de cumplirse el período de inconsciencia, hibernando en alguna parte del cosmos, volvemos a materializarnos en el kilómetro cien de la ruta. Este movimiento es como la antesala de un aeropuerto, es el punto de encuentro en la Tierra donde esperamos el siguiente destino.

En el período de inconsciencia o hibernación, para nosotros solo pasa un instante, mientras que en el calendario humano pueden llegar a ser meses o incluso años.

Cuando llegamos a la ruta, los más antiguos (con la suma de materializaciones y desmaterializaciones te vas volviendo más avezado en el tema) nos sentamos al borde, sumidos en un silencio cómplice y taciturno con el de al lado, y nos limitamos a mirar los autos pasar.

14 En la desmaterialización sentís como si el pecho se te fuera a salir del cuerpo. Las primeras veces tendía a encorvarme y agarrarme de las rodillas bien fuerte para tratar de evitarlo. La sensación era como si estuviera a punto de explotar.

Algo parecido a una fuerte mano invisible me arrastraba por el aire y, antes de iniciar el proceso de desmaterialización, me estiraba de los miembros hasta dejarme suspendido de cara al cielo y con las piernas y brazos estirados. Si uno está rígido, esa preparación resulta molesta; en cambio, si se deja llevar, hasta puede tornarse placentera.

Cuando reaparecí en la ruta me encontré con Wilmar, el más veterano de todos. Estaba sentado sobre su portafolio, con la mirada perdida en la lejanía de los campos que bordean la ruta.

En este lugar todavía somos invisibles para el ojo humano.

Su traje negro azabache, al igual que su pantalón y sombrero, parecía más oscuro que nunca. Con cada



viaje se van quedando más negros. Es como el cinturón de karate. Cuanto más negro, mayor es el conocimiento del tema.

El veterano esperó que terminara de aparecer a su costado para regalarme una melancólica mirada, antes de volver a su posición original. Con el índice derecho bajó el ala del sombrero a modo de saludo.

16 Me senté sobre mi portafolio, adoptando la misma posición que él, mientras los autos pasaban frente a nosotros en interminables y luminosas caravanas.

—Wilmar —dije en tono suave. Hablar bajito es otro de los trucos que los más antiguos vamos adquiriendo. En este estadio la energía es vital y hay que ser muy cuidadosos con ella. Nunca se sabe dónde te puede tocar aparecer—. Se te ve muy bien —ironicé.

Apenas asintió. Me mantuve mirándolo, mientras la ruta se llenaba de visitantes. Yo era el segundo de la fila, por ende, el segundo en antigüedad.

Mientras Milton estuvo entre nosotros, yo fui el tercero de la fila, pero cuando Milton dejó de aparecer, pasé a ser el segundo. Esto me permitió entender que, por suerte, no somos eternos.

A mi lado cayó Tristán y, pegado a él, Valentina.

Wilmar ni siquiera se volteó a mirar a los demás. Se lo notaba más triste y abatido que nunca. Uno podría suponer que el hecho de que sigamos acá entre los humanos luego de haber muerto significa un premio. La verdad es que no: resulta todo lo contrario.

Me quedé callado, sabiendo que no debía insistir, solo esperar, mientras la ruta seguía llenándose de los nuestros.

«Somos cada vez más», pensé, mientras autos y camiones pasaban frente a nosotros arrojando destellantes y azuladas luces debilitantes de sus caños de escape. Deseaba que la orden para la partida llegara de una vez por todas. Estar ahí me enfermaba y agotaba las reservas de energía.

Los labios del viejo intentaron moverse, pero se arrepintió. Luego emitió un leve susurro.

17

—Espero que no me quede mucho tiempo —murmuró para sí.

Supe interpretarlo. No sabía de dónde había venido. Eso nunca se sabía porque no hablábamos de nuestras visitas pasadas, sobre todo porque debíamos conservar la energía y conversar entre nosotros resultaría muy contraproducente. Al no saber el siguiente destino, debíamos ser cuidadosos con ella y administrarla muy bien. Pero entendí a la perfección el porqué de sus palabras. De hecho, yo también deseaba lo mismo.

En este estado distinguíamos mejor entre el bien y el mal, a diferencia de cuando éramos humanos. El mal se presentaba ante nosotros mediante luces que nos chupaban la energía.

Otro camión pasó tirando humo negro y destellos luminiscentes hacia los costados. La fila de hombres y

mujeres de negro seguía aumentando, mientras esperábamos la llegada de la nueva orden.

Me estiré para agarrar un poco de pasto. Tomé un yuyo, quería recuperar la energía que el humo del camión acababa de quitarme.

—Si ese pasto contaminado te sirve de algo...
—murmuró Wilmar, emitiendo una sonrisa burlona.

18 No le hice caso y tomé la hierba entre mis dedos. La froté intentando extraer algo de su composición natural. Tenía más residuo que otra cosa. La tiré y se esparció como polvo por el aire.

—Si esto sucediera solo con el pasto de la ruta...
—me quejé, elevando el tono de voz.

Wilmar dejó de sonreír y se quedó mirando con el mismo gesto de preocupación en el rostro.

—Ya ni la fruta da energía —continué despotricando.

Él me levantó una mano pidiendo silencio, obligándome a ahorrar energía. Obedecí de inmediato.

Saludé a Tristán a mi izquierda en el momento en que comencé a sentir la señal dentro de mi cuerpo. Era como si mis pulmones se llenaran de aire y comenzara a elevarme como un globo. Miré hacia arriba abriendo los brazos, entregándome a esa fuerza implacable. Casi no sentí molestia cuando cada partícula y átomo de mi ser se expandió y ramificó por el espacio.

Luego la oscuridad y la repentina aparición en el nuevo lugar.

Las partículas volvieron a unirse hasta formar una masa visible al ojo de los terrestres.

Estaba sobre un camino de tierra en medio de un campo, sin luces debilitantes alrededor, repleto de energía renovadora.

Inflé mis pulmones, llenándolos de aire puro.

De nuevo sentí esa incómoda carga de músculos y huesos que los humanos portan a diario. Levanté la valija y comencé a caminar por el costado del camino.